

ÉTICA



ANA DE
MIGUEL

Contra la
doble verdad

CELIA

Este libro no es solo una ética para chicas, es también una llamada a los chicos para que se atrevan a transgredir de verdad: para que dejen de ponerse en el lugar de sus deseos y se pongan en el lugar de las demás.

La filosofía nos enseña que lo importante son las preguntas que nos hacemos, siempre que formulemos bien nuestros interrogantes y nos preguntemos por el fundamento de nuestros proyectos. La ética, por su parte es una invitación a ponerse en el lugar de los demás, y sucede que hasta ahora los hombres no se han puesto en el lugar de las mujeres. Con ellas ha valido casi todo: desde borrar su nombre y su historia hasta la violencia sexual.

La filosofía y, con ella, la ética puede ayudarnos a comprender las enormes contradicciones a las que tienen que enfrentarse las mujeres en un mundo patriarcal al que los filósofos, aun sin haber estado a la altura, sí aportaron una manera de pensar crítica que nos ha llevado a ser conscientes de las desigualdades y a cuestionar el sistema.

Ética para Celia nos invita a mirar de frente la realidad, el hecho de que nuestra vida se ha levantado sobre una doble verdad, con normas morales y fines vitales distintos para mujeres y hombres. Esta doble verdad se ha ido transformando, pero no ha desaparecido. A las jóvenes ya no se las socializa con idea de que sean para los demás, pero sí para ser deseables, que no deja de ser otra forma de ser para los otros.

Índice de contenido

Cubierta

Ética para Celia

Introducción

PRIMERA PARTE De la ontología y por qué es el núcleo duro de las creencias y las contradicciones que vives

1 De la ontología, el núcleo duro de nuestras creencias

2 De la mitología, la Wikipedia griega

3 Del cristianismo, Padre nuestro

4 De la filosofía y el pensamiento científico

5 El feminismo lo mueve todo: la incorporación de las mujeres a la autoconciencia de la especie

SEGUNDA PARTE De las condiciones de la vida buena

1 De lo apolíneo y lo dionisiaco: del equilibrio y el exceso

2 De la esfera privada, la esfera pública y las condiciones de la vida buena

3 De la necesidad de autonomía material

4 De la necesidad de reconocimiento, que no es lo mismo que «aprobación»

5 Del éxito y el fracaso, lo que el dinero no puede comprar

Epílogo De la política

Agradecimientos

Este libro está dedicado a mi comunidad, la humana. Traigo un cuaderno de quejas y espero que se puedan resolver rápido, la gente tiene una vida que vivir y el planeta se está calentando.
Con mucho cariño,
ANA

Si nos adiestramos en la libertad y en el coraje
de escribir exactamente lo que pensamos...

VIRGINIA WOOLF,
Una habitación propia

Introducción

Ética para Celia, ¿una ética para chicas?

Este que tienes en tus manos es un libro de ética poco convencional, recoge las reflexiones que una filósofa, en la plenitud de su vida, con la sabiduría que aporta el estudio sosegado y la experiencia vivida, quiere compartir con su devocionada y díscola hija...

¡¡¡Riiiiing, riiiiing, riiiiing!!!

Espera, Celia, un momento, el móvil. ¡Callad de una vez!, que me están hablando. Pero ¿qué me está usted diciendo? Que qué interesante y oportuno este libro, escribir ahora un libro de *Ética para chicas*, ahora que está de moda el feminismo, un libro de ética feminista... Espere que no oigo nada, termino de recoger la mesa y le escribo.

Carta de la autora:

Permítame que le haga una pregunta: ¿se ha preguntado usted alguna vez si *Ética a Nicómaco*, el libro que Aristóteles, el filósofo, dedicó a su hijo era un libro para chicos? Pensó usted, por ejemplo, qué interesante, qué oportuno, un libro de *Ética para chicos*, ideal para estos dos mil y pico años de patriarcado.

Quiero decirle que si usted nunca ha pensado que *Ética a Nicómaco* fuera una ética para chicos no sé por qué no interpreta del mismo modo un libro de título *Ética para Celia*. Una ética para seres humanos.

Ética para Celia es un libro para chicas si y solo si *Ética a Nicómaco* es un libro para chicos. Porque soy filósofa y es un libro que le dedico a mi hija.

Este es un libro para todo el mundo; es más, diría que se trata, sobre todo, de un libro para chicos y para hombres hechos y derechos como usted. Para que, de una vez por todas, adopten la posición moral y se pongan en el lugar de las mujeres, un lugar en el que nunca se han puesto. ¡Hay que fastidiarse, porque ha sido la propia filosofía la que ha proporcionado la coartada para no hacerlo! Lo ha hecho desde el androcentrismo, el recurso por el que los varones se identifican con el ser humano neutral y las mujeres con una parte de la Humanidad. Por eso no existen libros de Historia de los varones y sí de Historia de las mujeres; la Historia de los varones se solapa con la Historia de la Humanidad. Esta identificación es casi una categoría a priori del entendimiento, todo lo conocemos y comprendemos desde ahí. Este libro explora las consecuencias de vivir bajo esta doble verdad, una para chicas y otra para chicos.

Una cosa te digo, Celia, ¡hasta aquí hemos llegado!

Hoy sabemos que nuestros amigos los filósofos no escribían para nosotras sino para legitimar que apenas pudiéramos leer y escribir, lo justo para hacer que sus vidas fueran «fáciles y agradables». Esto escribió Rousseau: «La educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Hacerles la vida dulce y agradable: estos son los deberes de las mujeres en todo tiempo y lugar y para lo que deben ser educadas las niñas desde la infancia». No les vamos a guardar rencor, nada podemos hacer por cambiar el pasado. Pero saberlo nos ha cambiado la vida y la autoconciencia, y ahora es necesario que cambie la sociedad entera, precisamente para poder tener juntos, mujeres y hombres, una vida nueva y con sentido. De esto se ocupa la ética.

La doble verdad, una para chicas y otra para chicos

La ética trata del tema fundamental de tu vida –no, no es del sexo, ¡dónde diablos has leído eso!–, de la gran aventura que es dar sentido a la vida, de cómo vivir una *vida buena*, de que un día lejano puedas llegar a decir: «He sido feliz, a mi manera, pero feliz»; y trata también de que, a ser posible, dicho día lejano a alguien le interese escuchar esa frase tuya tan bonita. Eso querrá decir que tendrás a otra persona, sea quien sea, a tu lado.

Como no vives sola, la ética tiene una cara B, que trata simultáneamente de otra cuestión fundamental, *qué límites te vas a poner en esta tarea de dar sentido a tu vida o de buscar tu felicidad*. Escúchame, lo de ponerte límites no es optativo. No cabe la pregunta: ¿por qué debería yo hacer nada por los demás, poner límites a mis sueños? Lo siento, si no quieres aceptarlo, puedes irte a una cueva o a una isla desierta, o encerrarte con el wifi en tu casa. Nadie te lo impide, pero la ética trata de los límites que te pones en la tarea de dar sentido a tu vida en relación con los demás. Nadie debe aceptar que unas personas pongan su vida al servicio del proyecto de otras, igual que nadie debe dar sentido a su vida a costa de los demás.

Déjame que te diga algo muy en serio: la filosofía y la ética siempre han construido una doble verdad sobre el sentido de la vida y sobre los límites que nos debemos imponer. La filosofía y la ética han instaurado y legitimado un sentido de la vida distinto, a menudo opuesto, para los hombres y para las mujeres; unas normas de lo valioso y lo bueno para las chicas, y otras para los chicos.

Este libro, idolatrada Celia, va a ocuparse a fondo de desvelar esta doble verdad y de explicar cómo corrompe desde los cimientos un comportamiento que podemos llamar, en verdad, «moral», animado por la universalidad. Debes obrar de manera que la máxima que presida tus acciones se convierta en universal; pues, si es bueno para las mujeres, es bueno para los hombres, y viceversa.

La ética ha consagrado una doble verdad, y las consecuencias han minado y siguen minando las posibilidades reales de progreso moral sostenido de nuestra comunidad humana. Porque esa doble verdad es una auténtica escuela de desigualdad y prepotencia. Está diseñada para olvidar que el ser humano no nace exactamente sociable por naturaleza, nace *cuidable* por naturaleza.

No basta con sugerir que nos consideremos incluidas en una verdad, sin más. «Os metéis dentro de lo público», y ahí se acabó. No, porque el tema afecta a los cimientos de las definiciones de «lo bueno» y «lo valioso», y tenemos nuestras propias ideas sobre el asunto. «Creo que he sido un buen padre», dice un señor de referencia que abandonó a sus hijas muy pequeñas, porque se sintió reclamado por el amor y la juerga. Si la madre hubiera sido como él, «una buena madre», las dos hijas se habrían criado en un hospicio, con suerte.

Nos armaremos de un método que sirva de guía, porque las reglas del método son las mejores amigas de las chicas. La hermenéutica de la sospecha será la primera y principal, sospecharemos de toda verdad que vaya dirigida solo a mujeres o solo a hombres. Vamos a ser exigentes. Me refiero a la «verdad» enfocada en las creencias, normas y valores que nos orientan sobre el sentido de la vida.

Las mujeres nunca han sido sujetos morales. ¡Lo del juicio moral no va con ellas!

Los filósofos se han entregado a explicar por qué las mujeres no somos capaces de emitir juicios morales. Te puede extrañar esta afirmación porque se contradice con un discurso muy popular, el que sostiene que las mujeres somos «mejores» que los hombres, menos egoístas, más sacrifi-

cadadas y entregadas, más buenas y virtuosas, menos inquietas.

No obstante, si lo piensas con detenimiento, seguro que también has escuchado el discurso opuesto, ese que dice que las mujeres somos más malas, «peores» que ellos. Que somos más retorcidas, que vamos por detrás, que somos las culpables de todo lo que ellos hacen mal, que ellos pueden ser algo burros, pero noblotes, que ellos van de frente, sí, pues son eternos niños grandes.

Como ves, de «la mujer» se afirma una cosa y su contraria. Pensarás que esto forma parte de los refranes y la cultura popular y no hay que darle más importancia. Pues no es así. Lo han sentenciado y explicado los más grandes filósofos y, en concreto, aquellos de los que hay que examinarse para lograr el título de bachiller, es decir, para acreditar que conoces tu cultura.

Escúchame con atención, Celia, pues veo que estás pensando que me he trastornado, que de tanto leer libros de feminismo me ha terminado pasando como a aquel señor de La Mancha. No es así, de momento. Voy a ponerte dos ejemplos.

La ética investiga cómo se formulan los juicios morales, qué características tienen frente a otros tipos de juicios. Los juicios de la razón práctica o moral no se formulan de forma descriptiva sino de modo normativo. Las ciencias elaboran frases del tipo «La vaca es una mamífera» y $E = mc^2$. Un juicio moral se expresaría de esta otra forma: «La vaca debería ser una mamífera». Ya ves que no tiene mucho sentido. Lo que tiene sentido es una frase como «No deberías hacer sufrir a una vaca». La filosofía moral escribe sobre qué debemos o no debemos hacer y por qué. Los códigos morales sostienen cosas como «No matarás», «No robarás» y «Honrarás a tu madre y a tu padre».

Los juicios morales son aquellos que requieren imparcialidad, neutralidad, es decir, exigen poner los afectos entre paréntesis. Para la filosofía, las mujeres no han sido

sujetos morales porque son incapaces de hacer juicios imparciales, neutrales: los sentimientos, los afectos y las pasiones nos ciegan. Que las mujeres no son seres neutrales lo han argumentado casi todos los filósofos, así legitimaron nuestra exclusión de la vida pública durante miles de años y, hasta hace poco, impidieron que fuéramos juezas o formásemos parte de un jurado, porque nos íbamos a dejar llevar más por la carita de pena y la situación personal del imputable que por los argumentos razonables del fiscal y la defensa.

La filosofía moral trata de las elecciones que hacemos. Para otros filósofos, las mujeres no han sido sujetos morales porque ellas no tienen problemas de elección: no sufren ningún tipo de agonía, lucha o angustia que les haga debatirse entre el bien y el mal. Como lo dijo Hegel: «En la mujer el “ser” y el “deber ser” coinciden». Vamos, que las mujeres siempre desean lo que deben. No sé si esto es una suerte o nos están tomando el pelo, pero no te preocupes porque, si lees este libro, lo acabaremos descubriendo.

Por si te está resultando un poco abstracto lo que digo, te lo voy a explicar a mi manera: vamos a decir que las chicas no sienten deseos de tener relaciones sexuales con chicos inconscientes o en coma etílico, más bien de reanimarlos y darles un bocata. Pues, si esto fuera así, podemos afirmar que *su deseo* coincide exactamente con *su deber*. La moral nos prescribe que no se debe abusar de personas en clara inferioridad de condiciones respecto a nosotras, y menos en grupo. La consecuencia es que su comportamiento no puede ser calificado como «moral» estrictamente. De igual modo, las mujeres *deben* cuidar a los hijos, pero el caso es que también lo *desean*. No hay cosa que deseen más que contar 4132 elefantes antes de caer en brazos de Morfeo. Entonces, dados unos seres en que coinciden deseo y deber, deber y deseo, las mujeres, ¿pa-

ra qué necesitan la moral? La moral, una vez más, es cosa de hombres.

El ser humano es un dador de sentido. ¡El sentido de la vida de las mujeres viene dado de serie!

Bien sabemos que dar sentido a nuestra vida lleva implicado elegir, ya sea entre una acción u otra, entre ciencias y letras, o entre irnos o quedarnos. Y elegir, querida Celia, no es algo que nos guste tanto, también nos causa angustias y zozobras, porque subyace el miedo a equivocarnos. Respecto a este drama de elegir y buscar sentido a la vida, te voy a decir muy rápidamente que los hombres tuvieron el bello gesto de quitarnos la libertad para que no viviéramos la angustia de tener que elegir entre un camino y otro. ¡Con lo duro y difícil que es elegir! Ya lo decía Spinoza, «toda determinación es negación».

Claro que algún filósofo bien puede decirnos con cierto fundamento: «Pero, oigan ustedes, mujeres, siempre podrían haber elegido; el ser humano es radicalmente libre, no es como un salmón, que ya viene determinado de serie». Bueno, si por «elegir» se entiende escoger entre suicidarte tú o que te maten, pues sí, siempre pudieron las mujeres elegir. Aquiles, el héroe de Troya, podía elegir entre ir a la guerra o no, pasar a la posteridad o no hacerlo, mientras que una mujer griega de su tiempo, por elegir, no podía elegir ni ir a las Olimpiadas de espectadora. Si intentaba ir disfrazada de varón y la pillaban la pena era de muerte. ¡Claro que podía elegir ir o no! Bendita libertad radical la nuestra. Te voy a decir para lo que era libre una mujer griega: para cagarse en su padre, pero, eso sí, en el gineceo y muy bajito, y que no le leyeran los labios. Bendita libertad ontológica la nuestra, no somos como los salmones, que ya vienen con instrucciones de uso.

Te estoy escuchando, me dices que eso era antes, que me he quedado anclada en el pasado, que ahora las chicas os enfrentáis también al drama de elegir vuestro proyecto de vida. Pues estoy de acuerdo, por eso escribo este libro, para que consideréis y tengáis muy en cuenta la profundidad de la huella de la doble verdad que os continúa ofreciendo la sociedad. Estáis en una situación muy contradictoria. Hoy salís a buscar vuestro destino, pero no ha cesado el mandato de cuidar y ser el sostén del proyecto de los que os rodean. Y estas dos verdades contradictorias os están pesando demasiado sobre los hombros. Una mujer reducida a objeto es una cosa mala, pero ser sujeto y tener que elegir libremente ser también objeto no deja de ser una carga pesada. No hay quien aguante tanto mensaje contradictorio:

¡Realízate, piensa solo en ti, quíérete, sé la mujer de tu vida! ¡Uf, cuidado! ¡No hay quien te aguante, a este paso te vas a quedar sola! ¡Cuidado con el arroz, que se te está pasando! ¡Pero sácate más partido, mujer!

Claro que hoy podéis «elegir», que para eso estamos en un patriarcado basado en el consentimiento. Si no pudierais elegir estaría escribiendo un libro que se titularía *Vindicación de los derechos de la mujer* o *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*. Pero esos ya los escribieron unas auténticas genias del pensamiento y también dotadas para la acción, mujeres del siglo XVIII, Mary Wollstonecraft y Olympe de Gouges.

Yo de lo que quiero hablarte es de *la huella*. ¿Crees razonablemente que miles de años de sujeción y sometimiento no dejan una huella fuerte en nuestras actitudes y nuestras creencias más básicas?

En esta ética se reflexiona sobre el sexo, y mucho

Los filósofos siguen mandando, y de qué manera. Ellos tienen el poder de poner las etiquetas intelectuales: esto sí, esto no. Esto es filosofía, esto no hay que tocarlo, esto no es objeto de la ética. Sobre todo, tienen el poder de etiquetar lo que es progresista y lo que no. Lo que es conservador y lo que es «transgresor». No me digas por qué pero les encanta esta palabra: «transgresor». La dicen y sienten cómo levitan un poco.

Los filósofos son muy diversos entre sí, pero también tienen grandes consensos. Si en algo suelen estar de acuerdo es en que el sexo *no debe ser objeto de la filosofía moral*, y todo el mundo les da la razón, especialmente desde el ámbito del arte y la creación. Casi nadie les lleva la contraria, porque te puedes llevar un buen guantazo. La consigna es: no moralicéis con el sexo, fuera la *moralina* del sexo.

Este libro, muy al contrario, va a mantener que hay que pensar de forma crítica sobre el sexo. En el sexo, como en el resto de las relaciones humanas, se pueden dar relaciones de poder, abusos, humillaciones. De hecho, se dan: desde el pasotismo con el clítoris y el placer femenino hasta el acoso sexual y las violaciones. Dime tú, divina Celia, en nombre de qué consenso han quedado todos estos abusos fuera de la ética y la filosofía moral. Máxime cuando la violación supone la aniquilación de la posición moral: ¡ponte en el lugar de la otra!

¿En aquella época era imposible pensar de otro modo?

Vaya, nos dicen que en *aquella época* era imposible pensar de otro modo; pensar, por ejemplo, que las mujeres eran sujetos que deseaban tener una vida propia. Cuando dicen *aquella época*, se refieren tanto al siglo V a.C. como al siglo XIX. Mira que somos bobas, habíamos llegado a